II. Bimilenario de Salustio

En congresos, sesiones académicas y discusiones científicas han celebrado historiadores y filólogos, durante el pasado año, el bimilenario de Salustio, historiador romano de Amiterno. Brega no fácil es indicar los resultados positivos. Como en los bimilenarios de Cicerón y Virgilio, la moderna reflexión sobre Salustio ha demostrado que la perspectiva abierta en estos pensadores fue germen fecundo de nuestra presencia cultural en el mundo. Si el espíritu de Europa comienza en Grecia, el imperio romano puso, por su parte, con los representantes de una nueva visión universal, ajena al pequeño Estado griego, el fundamento indestructible para la realidad histórica de Occidente.

Salustio constituye, por derecho propio, una de las fuerzas configuradoras de lo que ha llegado a ser nuestro círculo cultural e histórico. Como intérprete del drama de la historia de Roma, no es Salustio inferior a Cicerón y Virgilio, con quienes comparte la paternidad latina de Europa. En el duelo último entre la antigüedad romana y el cristianismo en auge, forma Salustio la formidable cuadriga —con Cicerón, Virgilio y Terencio—, que quiere dominar el campo intelectual de las escuelas. Su incorporación a la reflexión cristiana, desde el nuevo horizonte de la salvación del hombre, culminará en San Agustín, que proclama a Salustio «historiador de acreditada verdad». Se comprende que el análisis de la revolución catilinaria llenara de entusiasmo al frío e intelectual Erasmo. Y si en la moderna literatura y pensamiento filosófico español no dejó vestigios hondos su lectura, por secular abandono de las lenguas clásicas, bastaría el testimonio de Nietzsche, que aprende en Salustio qué cosa sea el estilo, para probar su actual vigencia y eficacia.

Fue Salustio, como Cicerón, un hombre nuevo, sin raíces en la vieja alcurnia y nobleza romanas. Para el joven que baja de los montes sabinos a las suaves colinas de Roma, la brecha hacia el poder se hace sólo

Universidad Pontificia de Salamanca

posible en el desarrollo de las energías y poder del espíritu. Tras dilatado y profundo estudio de la literatura, que era entonces el pensamiento entra Salustio en la carrera política, para comprender mejor, como él mismo dice, la esencia del Estado romano. En la lucha por el poder se une a Craso y milita por los populares, por los grandes caudillos, que apoyados en la masa y en las legiones van minando la autoridad del senado. La muerte de Craso y su propia política contra Cicerón le conducen a su exclusión del senado, bajo pretexto de corrompida vida. Era lógico que se uniera a César, a quien Salustio veía capaz de quebrantar el poder oligárquico de la nobleza. Tras el triunfo de César ocupa Salustio el cargo de gobernador en la nueva provincia africana. Allí se enriquece sobre manera, y César debe protegerle en ruidoso proceso. La muerte del dictador significó el derrumbamiento del mundo salustiano. Un hombre, intelectual en el fondo, como Salustio, tuvo de experimentar con este suceso el ingente tedio de una vida, en la que sólo cabe destruir o ser destruido.

Ante el cadáver de César, en los Idus de marzo, nace el más penetrante historiador romano. Un nuevo horizonte se abre a su vida. Salustio quiere crear algo duradero, que no se gane a costa de engaño y violencia. Se trata del mundo del espíritu, en el que lejos de luchas de partido, sin miedo ni ambiciones, pueda realizarse la «virtus» en su forma pura. No estamos frente a una conversión, sino ante un mundo recién descubierto, donde sólo vale la lucha por la verdad. Este viraje impone la renuncia a los honores y carrera política, en la mejor edad del hombre. La veracidad de Salustio estriba en la experiencia personal sometida a neutral y riguroso juicio. En ese tribunal autárquico se desvela la verdad universal. Nueve años de intensa meditación histórica se condensan en una trilogía, que es perenne monumento de pensamiento y estilo.

Nada es casual en Salustio. Los temas son elegidos a conciencia, se relacionan internamente. El gran impulso de su reflexión histórica parte de un cardinal hallazgo: la destrucción de Cartago. Con ésta desaparece una saludable rival externa, cuya existencia debió ser respetada como aviso de continua y refrescante vigilancia. El enemigo externo invitaba a la cohesión interna. Las cenizas de Cartago se alzan como nube amenazante. Aquí está el principio del fin para Roma. Catilina no es más que etapa última del proceso. La empresa de este hombre puede concebirse en una sociedad moralmente desgarrada en la que un solo noble, corrompido y ambicioso, proyecta hacerse dueño absoluto del Estado. Con ello ofrece Salustio la condenación ejemplar de toda forma de poder personal y único. Toda la historia de Roma, en su esplendor y ocaso, queda plasmada, a modo de epigrama, en esta obra incomparable. Su brevedad, donde cada frase apresa y esculpe largos torrentes de pensa-

Universidad Pontificia de Salamanca

mientos históricos, granjeó a Salustio ya en la antigüedad renombre y fama.

La guerra contra Yugurta —su segunda obra histórica— no significa una mera descripción de la azorosa lucha en el desierto africano. Lo importante para Salustio es mostrar las etapas en las que la historia de Roma experimenta decisivos cambios, que marcan el declive hacia el mal. El príncipe africano es derrotado por Mario y su antiguo cuestor Sula. En esta lucha se perfilan ya los contornos iniciales de dos hombres, que serán más tarde exponentes de una república en la que chocarán con violencia polos de encarnizada rivalidad.

En su última obra —las «Historiae»— prueba Salustio cómo la guerra civil, provocada por Sula, fue la tierra fecunda donde pudo prosperar la máxima investidura de poderes de un solo hombre, hasta derivar a las supremas atribuciones de Pompeyo, con quien aparece la más fuerte individualidad capaz de medirse con César. Los ojos de Salustio se iluminan en la experiencia política. No presenta teorías ni estados sociales de Roma, sino la grandeza de los hechos políticos y el irreversible dinamismo de la historia. Con ello daba una réplica al último de los grandes filósofos griegos, Posidonio, maestro de Cicerón, que había escrito una historia de Roma persuadido de que Sula superó la crisis del Estado al instaurar de nuevo en el poder a «los mejores». Contra esa mentalidad aristocrática, la historia, viene a decir Salustio, no se escribe sino en la constante vigilancia de los hechos humanos, sin clichés intelectuales.

No existen esquemas en Salustio. Su espíritu persigue, en cada suceso aislado, las corrientes que afluyen de una totalidad humana. Esa totalidad determina cada hecho y queda reflejada, a su vez, en cada concepto y palabra. Por esto es su estilo dinamismo actualizado de la verdad.

El enjuiciamiento de Salustio divide los espíritus. Ya en la antigüedad no se quería aceptar la verdad dicha por un hecho cuya vida no pareció responder a su ética. Desde el Renacimiento hasta Mommsen y otros pensadores germanos no se ha visto en sus escritos sino panfletos de partido. El historiador y filólogo inglés Ronald Syme, ha demostrado en nuestros días la injusticia de ese veredicto. Con ese descubrimiento de etapas históricas se revela algo esencial a nuestro pensamiento histórico, capaz de resistir la crítica moderna. Entre las múltiples discrepancias aventadas por filólogos e historiadores, puestas de relieve en este centenario de su muerte, Salustio sale triunfante en virtud de esa misma atención que el pensar moderno le dedica. Le comprendemos mejor, si se le compara con Tucídides. Al historiador griego le importa la historia, sobre todo, como descripción de sufrimientos humanos, cuya grandeza se convierte en máximo criterio. La historia se humaniza trá-

Universidad Pontificia de Salamanca

gicamente, con las mismas categorías conmovedoras de una tragedia ática. Salustio, en cambio, lucha por sorprender la verdad en su totalidad y la interioridad del ser del hombre, sin atender al juego de la fortuna, a la descripción viva ni al efecto dramático. No quiere descubrir, como hizo Tucídides, la ley de la naturaleza humana en los hechos históricos, sino que enjuicia decisiones de hombres concretos, que hacen imposible la repetición del mismo hecho y convierten la historia en algo que no puede ser calculado por ley alguna permanente.

De este conocimiento brota en Europa una nueva dimensión histórica: la responsabilidad de la decisión personal. La historia de Roma es así una cadena de hechos, previstos por el destino, pero cuya realización se confía a la responsabilidad de minorías. La gran lección de Salustio es su apelación urgente al hombre romano y occidental a medir las consecuencias futuras de la acción personal en el espejo de la responsabilidad. Salustio ha creado con ello la consciencia individual frente a la Historia.

Friburgo, febrero de 1967.

ALFONSO ORTEGA.

Universidad Pontificia de Salamanca